

sancio con la terrible lucha que habian sostenido. Todos los esfuerzos del enemigo durante aquel movimiento retrógrado se dirigieron contra nuestra izquierda, que se retiraba por un terreno despejado. La division Brussier salvó el ejército con su soberbio continente, ya esperando á infantería enemiga para hacer contra ella disparos de fusilería á boca de jarro, ya recibiendo formada en cuadro á la caballería, á la cual detenía con las bayonetas. Luego que nuestro centro y nuestra retaguardia desfilaron por Sacila, ella entró la última dejando á los mismos enemigos llenos de admiracion con su brillante conducta.

Hasta entonces solo habiamos perdido algunos muertos y heridos, y pocos prisioneros, teniendo tambien artillería desmontada; pero como creyese el príncipe Eugenio aquella noche que debía seguir la retirada hasta Conegliano, para resguardarse lo mas pronto posible del Piava, el mal tiempo, el atascamiento de los trenes de la artillería y los bagajes, y el haberse cruzado las tropas con ellos, produjeron un desórden lamentable. Los soldados, poco vigilados por sus gefes en medio de aquella confusion, se esparcieron por las casas, esponiéndose á ser cogidos, y el ejército que habia perdido en el campo de batalla unos tres mil y tantos hombres, pérdida casi igual á la de los austriacos, perdió otros tres mil hombres, prisioneros ó estraviados. Aumentado bien pronto el desórden de resultados de un tiempo espantoso que hizo salir de madre los rios y puso los caminos intransitables, llegaron mas allá del Piava en un estado que honraba muy poco á aquel ejército de Italia, tan admirable en otro tiempo. Afortunadamente los austria-

cos, poco acostumbrados á vencerlo, deseosos de disfrutar su victoria, y retardados por el tiempo, que hacia su persecucion tan difícil como nuestra retirada, permanecieron varios dias sin atacar al príncipe Eugenio, con lo cual le dieron lugar para reponerse de su derrota, y contener sus consecuencias. En el camino se le habian reunido, pero demasiado tarde, la division de infantería Lamarque y la division de caballería Grouchy. Le llegó además lo que en aquel momento valia mas que un refuerzo, es decir, un general, y este general fué el ilustre Macdonald, uno de los mejores oficiales de la revolucion, á pesar de haber perdido la batalla del Trebbia. Sus relaciones con Moreau le habian tenido condenado á vivir durante varios años en una especie de desgracia, y á vegetar en la inaccion, mientras que sus iguales en edad ó servicios, y aun algunos inferiores suyos, obtenian brillantes fortunas. La gran necesidad que habia de generales y oficiales de resultados de las guerras continuas, obligaba á valerse de muchos de los que habian sido postergados, y no queriendo Napoleon enviar á Italia á Massena por temor de reducir al príncipe Eugenio á un papel secundario, se prestó á que se le enviara el general Macdonald, para que le sirviese de guia y sosten. Este general, uno de los hombres mas intrépidos que ha habido en nuestros ejércitos, dotado de esperiencia, que sabia muy bien manobrar, obraba con sangre fria y se hacia obedecer, fué recibido con confianza por los soldados, y con disgusto por algunos generales, que veian con sentimiento dispuesta á caer sobre ellos una mano firme, y que creyéndole además en desgracia, temian no fuese nada ventajoso prestar servicios

bajo sus órdenes. El general Lamarque especialmente, que se distinguía en el ejército por su carácter tumultuario, murmuró en alta voz, diciendo que el emperador no enviaba el general Macdonald á Italia sino para perderle, y que los que sirviesen bajo su mando estaban espuestos á participar de la misma suerte. Hasta el uniforme del general Macdonald, arreglado á los trages de los primeros tiempos de la revolucion, fué motivo de burla para los oficiales jóvenes en quienes ya habia empezado á ejercer la moda su imperio; pero como oo hay burlas que valgan con hombres del temple de Macdonald, no tardó en hacer entrar en la senda de la sumision á los que iban separándose de ella. Con todo, no queriendo el príncipe Eugenio darse un tutor demasiado visible en la persona de aquel militar, no lo hizo su gefe de E. M., y se contentó, para crearle un puesto decente, con distribuir su ejército en tres comandancias, una de la izquierda, otra del centro y otra de la derecha. El mando de la derecha, que era el mayor y mas importante de los tres, compuesto de las divisiones Broussier y Lamarque, y de los dragones de Pully, lo confió al general Macdonald. El del centro, que comprendia la division Grenier, la cual pasó á las órdenes del general Paethod, y la division Durutte, que contenia parte de la division Barbou, lo dió al general Grenier. El resto de esta última division habia sido conducida á Venecia para guarnecerla. El mando de la izquierda, se confirió al general Baraguey-d' Hilliers, y se componia de italianos y de algunos franceses mezclados con ellos para darles ejemplo. Con la division Seras, la guardia italiana, y los dragones de Grouchy, se formó el

príncipe Eugenio una reserva de unos diez mil hombres. El total de su ejército ascendía á sesenta mil hombres, diez y siete mil de los cuales tenia á sus órdenes el general Macdonald, con lo cual pudo ejercer un verdadero influjo sobre los sucesos, sin ninguna apariencia de comandante en gefe. Sin embargo, el príncipe Eugenio, que era tan modesto como prudente, no dejó de consultarle en todas las ocasiones importantes, y tuvo motivos para alegrarse de ello (1). El general Macdonald hizo que prevaleciera la resolucíon de retirarse lentamente, y marchando hácia el Adige, donde se debia recuperar las fuerzas para volver á tomar la ofensiva y trasladarse allí con mas asiento. Los nuestros se dirigieron efectivamente hácia el Adige, descansaron allí, pusieron en órden, y á poco eran mas dignos que nunca de pertenecer al ejército de Italia cuyo glorioso nombre comprometieran un instante.

Mucho peor andaban las cosas en la region montuosa que dominaba las llanuras de la Alta Italia, y los austriacos obtenian en el Tirol ventajas aun mas notables que en el Frioul. El general Chasteler traspasó la frontera un día antes de lo resuelto, es decir el 9 de abril, y pasando de Carintia el Tirol, se dirigió á Lientz. Aunque se habia convenido por los que manejaban las intri-

(1) Doy estos pormenores con arreglo á documentos auténticos, y plenamente seguro de que son una verdad. La correspondencia del príncipe Eugenio, asi como la de Napoleon, y unas memorias manuscritas muy preciosas del mariscal Macdonald, revelan de un modo mucho mas circunstanciado todo cuanto refiero aqui de la campaña de Italia en 1809.

gas que tenían por objeto insurreccionar el Tirol, esperar al 12 ó el 13 de abril, no pudieron contenerse, y la rebelion estalló el 11: bien es verdad que era muy natural el motivo de esta prematura esplosion. Imposibilitados los bávaros de disputar el Tirol á las tropas austriacas, procuraron valerse de los obstáculos locales destruyendo los puentes; pero los habitantes no quisieron permitirlo, á fin de conservar en sus montañas estos medios indispensables de comunicacion. Insurreccionáronse, pues, todos á la par, con una espontaneidad que solo nace de viveza de pasiones. En todos los valles del Tirol italiano, de Lientz á Brixen, de Meran á Brixen, en fin, desde Brixen hasta Rívoli, no hubo mas que entusiasmo, no se oyó mas que un grito enmedio de aquellas elevadas y hermosas montañas. En el vértice de la gran cordillera del Brenner, en el Tirol aleman, el levantamiento fué tan pronto como general. En aquella comarca lo mismo que en Suiza, como los posaderos, por las relaciones que tienen con los estrangeros, son los mas ricos é ilustrados, un personaje de esta profesion llamado Andrés Hofer, habia adquirido sobre sus compatriotas un ascendiente irresistible. Algunos militares retirados que se habian formado al servicio del Austria, eran igualmente agentes activos de la rebelion, distinguiéndose mucho entre ellos un mayor llamado Teimer. A todo esto habia exigido Francia que se reuniese sobre el Isar todo el ejército bávaro, y solo habian quedado en Tirol unos cinco mil bávaros, esparcidos por las dos vertientes del Brenner, desde Brixen hasta Inspruck. En cuanto á tropas francesas, hallábase allí, en dos columnas, un peloton de cerca de cuatro mil cons-

criptos que iban de Italia á Alemania á cubrir las bajas de las divisiones Boudet y Molitor, los coraceros de España, y los cazadores de Marulaz. Eran soldados que nunca habian visto una bala, que estaban encerrados en cuadros provisionales de marcha, ó iban mandados por oficiales de depósito, la mayor parte de ellos viejos ó cansados. Mas de veinte mil montañeses intrépidos, entusiastas, y tiradores temibles, juntos á doce mil austriacos, no podian encontrar una resistencia muy larga combatiendo á cuatro ó cinco mil bávaros y tres ó cuatro mil conscriptos franceses.

En efecto, al acercarse el general austriaco Chasteler, todos los puestos bávaros fueron tomados desde Lientz hasta Brunecken, y habiéndose reunido los que pudieron salvarse en la acuosallanura de Sterzing, al extremo del Tirol italiano, hácia el pie del Brenner, fueron allí acometidos por Andrés Hofer y un monton de gente del Meran. Envueltos por todas partes, atacados con furia, acabaron por deponer las armas, y como aquella era una guerra nacional, casi una guerra de raza, multiplicáronse bien pronto de un modo aflictivo esos contrarios al derecho de gentes. Por una y otra parte se pasaba á cuchillo los prisioneros, sin que se supiera quien era el primer culpable. Los tiroleses decian por via de escusa que se habia puesto fuego á sus chozas, y muerto á mugeres, viejos y aun niños; pero los bávaros contestaban que se habian asesinado á sus prisioneros, y que ellos no habian hecho mas que defenderse. Sea lo que sea, lo cierto es que despues de la derrota de Sterzing se ejecutaron venganzas atroces, y desde entonces el Tirol italiano quedó enteramente libre hasta

Roveredo, donde se hallaba el general francés Baraguey-d'Hilliers con una division italiana.

En aquel mismo momento la larga fila de reclutas franceses que se extendia de Verona á Inspruck, se vió cortada en dos porciones por la insurreccion, y parte se replegó sobre Verona, donde se puso fuera de todo peligro, mientras la otra porcion se arrojó mas allá del Brenner, lisonjeándose de encontrar en Inspruck los puestos avanzados franceses. Con esta esperanza marchó siguiéndole la cola Chasteler y Andres Hofer que pasaban el Brenner para ir á libertar el Tirol alemán; pero lo mismo en el Norte que en el Mediodia del Brenner, así sobre el Inn como sobre el Adige, el levantamiento era furioso y general. Asaltados al mismo tiempo por todas partes los puestos bávaros, de unos se apoderó el enemigo ó los pasó á cuchillo, y arrollados otros en Inspruck, tuvieron que rendirse, entregando Inspruck, antiguo centro de la dominacion austriaca. Los franceses que llegaban á Inspruck en el momento que esta poblacion pasaba á poder del enemigo, perseguidos por las hordas victoriosas del Tirol italiano y por el corto ejército del general Chasteler, no podian defenderse, sobre todo formados y mandados como lo estaban. Se vieron pues obligados á capitular unos tres mil, lo cual era doblemente de sentir, porque ademas de ser una derrota moral para nuestras armas, privaba á varios cuerpos de un refuerzo indispensable. Tuvimos, á mayor abundamiento, que deplorar, con respecto á algunos de esos infelices franceses confundidos con los bávaros, actos de barbarie, que produjeron por parte de Napoleon terribles represalias contra el general Chasteler.

Viendo este libre de enemigos el Tirol alemán, creyó que debia volver con Andrés Hofer hácia el Tirol italiano, para concurrir á las operaciones del archiduque Juan. Regresando por el Brenner sobre Trento, se presentó con todos los insurrectos en masa del Tirol, y siete ú ocho mil austriacos delante de la posicion que ocupaba el general Baraguey-d'Hilliers. Inclinado el general francés hácia el lado de los valles laterales, no pudo guardar á Trento y se replegó sobre Roveredo. Cogida tambien por allí la vuelta, se vió obligado á replegarse sobre Rivoli, donde apoyado en el ejército de Italia, que estaba ocupado en reorganizarse, no tenia ya que temer peligros formales. Así en unos veinte dias pasaron á manos del enemigo los dos Tirol y el Frioul.

No solamente era en Italia, Tirol y Baviera donde se combatia en aquel momento, sino en todo el Norte de la Europa, en el cual habia acalorado los ánimos la declaracion de guerra del Austria, inspirando locas esperanzas, y haciendo que estallaran votos prematuros, porque si bien habia ya cometido Napoleon grandes faltas, todavia no las que debian perderle, y hasta entonces su potente génio era mas fuerte que el odio de los pueblos sublevados contra su ambicion. En toda la Alemania, segun ya hemos visto, causaban indignacion los príncipes uncidos á su carro por el temor ó el interés, y aunque la dominacion francesa llevaba oculta en su seno la civilizacion moderna, se rechazaba un bien que se presentaba bajo la forma de invasion estrangera.

En Baviera, la antipatia de vecindario que de antiguo reinaba entre ella y el Austria, habia ate-

nuado mucho estos sentimientos; pero en Suabia, en las provincias austriacas un tiempo, en Franconia, en los pequeños estados arrancados á la templada autoridad de los príncipes eclesiásticos, en Sajonia mismo, donde la agregacion de una corona polaca solo lisonjeaba á la familia reinante, en Hesse donde reinaba Gerónimo Napoleon, el odio, contenido en un principio, empezaba á estallar al saberse la osada empresa del Austria. A medida que se alejaba uno del Rhin y de la mano de la Francia, el atrevimiento iba siendo mayor, y se convertia en manifestaciones hostiles. Hordas de insurrectos habian ya bajado de las montañas del Hesse á las orillas del Elba, y llegado hasta las puertas de Magdeburgo, como si esperaran una súbita aparicion por la parte de Prusia, de la cual aguardaban un esfuerzo patriótico y vigoroso.

Efectivamente, la exasperacion llegaba á su colmo en toda la Prusia, donde se juntaban á los padecimientos generales de los alemanes otros enteramente personales á la nacion prusiana. Ella era quien habia perdido las famosas batallas en que pereció la independenciam de la Alemania; ella era la que habia visto desmembrar el imperio de Federico el Grande, y eclipsar por un momento su gloria; y si le hacian mella tanto las penas materiales como las morales, en las abrumadoras contribuciones de guerra que le quedaban por pagar, tenia la amarga prueba de la dominacion extranjera. Asi llevóse en Prusia la audacia á donde no se habia llevado en ninguna otra parte. Un convoy francés de artilleria, que iba de las orillas del Vistula á encerrarse en Magdeburgo, fué asaltado, insultado y maltratado de un modo indigno. En Ber-

lin se anunció en alta voz la guerra de Austria antes que se hubiera declarado, anunciándose igualmente desde el principio que seria feliz, que el mundo entero tomara parte en ella, y que si el rey Federico Guillermo, por abatido ó desmoralizado, se negaba á asociarse á ella, los prusianos saldrian mal su grado á recibir á los ejércitos austriacos. En fin habia llegado tambien la audacia al estremo de que cuando empezaron las operaciones, sin aguardar el resultado, el comandante de Berlin dió por consigna á la guarnicion *Cárlos y Ratisbona*.

Habia en Berlin un oficial muy conocido con el nombre de el mayor Schill, que en 1806 y 1807 hizo con fortuna la guerra de partidas contra nosotros durante los sitios de Dantzig, Colberg y Stralsund, y que formaba parte de la guarnicion de Berlin á la cabeza de alguna caballeria. Su valor muy renombrado, y el rencor con que públicamente miraba á los franceses, le habian convertido en ídolo del pueblo, el cual decia que él era el que debia enarbolar el estandarte de la rebelion en nombre del patriotismo aleman, y unir sus esfuerzos á los de un príncipe de la casa de Brunswick, el duque de Brunswick-Oels, que en aquel momento recorria la Sajonia y la Silesia, embaucando por todas partes á los oficiales prusianos ociosos, y atrayéndolos á Bohemia para formar alli guerrillas germánicas. Asi es como habia entrado en todas las cabezas el fanatismo de los españoles, y se creia poder hacer de los tardos y pacíficos alemanes hombres amigos de correr aventuras, como los ágiles contrabandistas de la Peninsula. Una tarde, en medio de aquella exaltacion universal, se supo de pronto que el mayor Schill, que se ocu-

paba de algunos días á aquella parte en pasar revistas á su cuerpo , prolongándolas hasta una hora muy avanzada, habia desaparecido á la cabeza de quinientos caballos que componian la caballería de la guarnicion. Se dijo que marchaba al Elba, para reunirse con los insurrectos de la Hesse, y dirigirse en seguida á recibir á los austriacos que avanzaban sobre Sajonia. Este suceso causó, como era de esperar, una sensacion extraordinaria, obstinándose todo el mundo en creer que el gobierno prusiano era cómplice en él, pero se engañaban, pues aquel hecho se debía al estado del espíritu público. Así es que asustados los ministros corrieron en busca del embajador francés, protestando que lo sentian amargamente, declarando que no tenian parte en una conducta tan insensata como criminal, afirmando, y era verdad, que el rey nada habia sabido del complót, y anunciándose iba á desplegarse el mayor rigor contra los hombres que así comprometian al gobierno de su patria. Mientras hablaban así, la infantería, imitando la conducta de la caballería, dió iguales pruebas de insubordinacion, y compañías enteras se escaparon en pos del mayor Schill. Desgraciadamente no se podia perseguir á los insurrectos sino con caballería, y el mayor Schill se habia llevado toda la que existia en Berlin. Era pues preciso esperar á que hubiera tropas bastantes prudentes y bien mandadas que obedecieran las órdenes de su gobierno, cualesquiera que fuesen, porque no le toca al ejército decidir la política exterior de un país, como tampoco la política interior. Empero entretando estos actos estraños iban á producir en Alemania una sensacion general, que solo podia

calmar Napoleon con sus brillantes hechos de armas.

En el Vistula ocurrían sucesos no menos graves. El sétimo cuerpo austriaco, mandado por el archiduque Fernando, y compuesto de treinta y siete á treinta y ocho mil hombres, marchaba hacia Varsovia al Vistula. Formando en la Galicia, poco camino tenia que andar para invadir la Polonia, además de que habia salido muy temprano, así como todos los cuerpos austriacos, pues que sus operaciones como las de Alemania é Italia, dieron principio el 10 de abril. El príncipe José Poniatowski, héroe que habia permanecido largo tiempo sumido en la molicie, y que, á ejemplo de muchos compatriotas suyos, vivia ocioso en brazos de las hermosas mugeres de su país, acababa de despertar al estruendo de las armas francesas, y habia abrazado, como recordará el lector, la causa de la Francia, que creia con razon era la de Polonia, si Polonia podia renacer. Mandaba el ejército polaco, al cual habia consagrado poco tiempo Napoleon, ocupado en los preparativos de los terribles golpes que queria descargar personalmente sobre la casa de Austria. Todas las tropas regulares que se habian podido reunir se limitaban á unos quince mil hombres, y á un corto destacamento sajón que quedó en Varsovia. Napoleon no se habia inquietado en manera alguna con semejante inferioridad de fuerzas en Polonia, porque confiaba en que todo lo decidiria en Viena, y, aunque no se formaba grandes ilusiones acerca de la asistencia de los rusos, creia no obstante que su presencia en las fronteras del gran ducado bastaria á paralizar el cuerpo austriaco del archiduque Fernando. Empe-

ro la asistencia de los rusos era todavía mas nula que lo que él habia supuesto, pues el emperador Alejandro tuvo buen cuidado, observando hasta donde lo permitia el decoro el tratado de alianza, de enviar sus principales fuerzas á Finlandia y Moldavia, para acabar de conquistar á la una, y dar comienzo á la conquista de la otra, y solo destinó por consiguiente á la guerra de Austria unos sesenta mil hombres, que apenas estaban reunidos en aquel momento, por varias razones, bastante fundadas en su mayor parte, pero fáciles de interpretar mal. En primer lugar, Rusia, lo mismo que Napoleon, no habia creído que las hostilidades estuviesen tan próximas, y no se apresuró lo bastante en sus preparativos. En segundo lugar, su administracion, á la cual habia costado tanto trabajo hacer llegar á Finlandia, y eso que se trataba de un interés eminentemente ruso, fuerzas suficientes, no encontró modo de ser mas activa en favor de un interés esclusivamente francés. La estacion, ademas, habia sido espantosa, y las lluvias que por espacio de tantos dias habian estado cayendo á manera de diluvio, pusieron casi intransitables los vastos espacios que separaban el Niemen del Vistula. Por último, el emperador y Mr. de Romanzoff, entibiados ya respecto á la alianza francesa, eran no obstante los únicos que la querian, y tenian que dominar todas las voluntades para hacerse obedecer, cuando se trataba de prestar asistencia á Napoleon. Hasta se habia entablado correspondencia entre los oficiales rusos y austriacos, para manifestar á estos toda clase de simpatías, y el deseo de que se hallaban animados de marchar, no contra ellos, sino á su favor.

Dificil era efectivamente conseguir que los rusos marchasen contra los austriacos en favor de franceses, á fin de contribuir al restablecimiento de la Polonia. Es verdad que el precio de esa asistencia era la Finlandia, la Moldavia y la Valaquia, y que si grande era el sacrificio, tambien lo era la recompensa. A mayor abundamiento, la asistencia de los rusos no urgia mientras Napoleon continuara siendo vencedor en el Danubio; el mayor inconveniente de esa falta de asistencia era la desconfianza que de ello debia resultar entre ambos emperadores y ambos imperios.

Asi es como se explica que el principe Poniatowski, que esperaba, con fundamento, si no la asistencia directa de sesenta mil rusos, á lo menos su asistencia indirecta (y estaba seguro que si se hubieran dirigido á la Galicia, habrian retenido allí á los austriacos), se halló el 10 de abril con el archiduque Fernando al frente, como Napoleon con el archiduque Carlos, y el principe Eugenio con el archiduque Juan. Efectivamente, bajando el archiduque Fernando el Vistula, cuyo nacimiento está situado entre la Silesia y la Galicia, en el vértice de la Moravia, avanzó por la orilla izquierda de este rio hácia Varsovia, prodigando á los habitantes las protestas mas amistosas, y diciendo, segun el lenguaje adoptado de mancomun, que iban á libertar á todos los pueblos, lo mismo á los polacos que á los demas, de un dominio, casi tan oneroso para sus amigos como para sus enemigos.

No eran hombres los polacos á quienes se fuera á engañar con semejantes discursos, pues habito conocian que los antiguos cómplices de su

patria no podian ser sus libertadores, y que únicamente Francia podia ser una amiga, amiga no hay duda, mas ó menos en estado de ser socorrida, pero sincera, porque era imposible que no lo fuese. Así el príncipe Poniatowski avanzó con resolucion al frente de unos doce mil hombres, marchando al encuentro del archiduque Fernando. Esos hombres eran los mismos polacos que empezaron la carrera de las armas con nosotros en 1807, y que juntado á su valor natural y á su ardiente patriotismo principios de educacion militar, adquiridos en nuestra escuela, componian ya una tropa excelente que oponer á los austriacos. Por desgracia, era su número tan desproporcionado, comparado con estos, que en manera alguna podia esperarse de su parte sino una defensiva honrosa y enérgica, mas no victoriosa. El príncipe Poniatowski, despues de algunas escaramuzas de caballeria, resolvió disputar los aproches de Varsovia con el grueso de sus tropas, y para ello, el 19, el mismo día en que el mariscal Davout daba el combate de Tengen, el príncipe polaco se detuvo en la posicion de Raszyn, posicion formada, como todas las que pueden ser defendidas ventajosamente en su país, por bosques entrecortados por pantanos. Durante ocho horas disputó estos bosques y pantanos con doce mil polacos contra treinta mil austriacos, perdió unos mil doscientos á unos mil quinientos hombres entre muertos y heridos, pero destruyó muchos mas al enemigo, y temiendo le ganara éste la delantera hácia Varsovia, retrogradó con direccion á aquella capital.

¿Era preciso defenderla, privada como se hallaba de medios de resistencia, esponiéndola á

ser destruida infaliblemente; ó valia mas evacuarla de resultas de un convenio que suavizara las condiciones de la ocupacion enemiga, y que le permitiera retirarse intacto á posiciones mas fáciles de conservar? Tal era la cuestion grave y dolorosa que el príncipe Poniatowski tuvo que resolver despues del combate de Raszyn. Los polacos mas enérgicos querian se hiciese una defensiva obstinada, sin tener en cuenta para nada las consecuencias; la muchedumbre inofensiva temia un trastorno; los patriotas mas ilustrados, y no menos valientes, apetecian que se fuese, asegurando la retirada por los pantanos de Pultusek, á buscar un punto de apoyo invencible entre Modlin y Sierock, en el triángulo del Narew y del Vistula, detrás de unas obras importantes construidas de orden de Napoleon, y que se salvara de este modo la cápital, entregándola provisionalmente en manos del enemigo. Es raro que un sacrificio por el estilo sea prudente; sin embargo, esta vez lo era, y el resultado lo probó muy luego. Lleno de dolor el príncipe Poniatowski, entregó á Varsovia, despues de estipular honrosas condiciones, y se dirigió hácia la márgen derecha del Vistula entre Modlin y Sierock; con el objeto de arrojar sobre todos los cuerpos que se atrevieran á pasar el rio delante de él, y firmemente resuelto á defender por medio de combates parciales la patria desventurada, que ya no podia defender por medio de batallas campales. Su denuedo, y el noble lenguaje que usó al tener que hacer este sacrificio, eran mas á propósito para exaltar que para entibiar el celo de los polacos, de suerte que no dejaron de acudir á su voz, á fin de ayudarle á recobrar la ca-

pital, que acababa de ceder momentáneamente á los austriacos.

Así pues, en Italia nos habíamos replegado hácia el Adige; en Tirol nos veíamos acometidos por todas partes; en Alemania se nos amenazaba y ultrajaba por pueblos irritados, y en Polonia perdían nuestros aliados la capital que les había devuelto el tratado de Tilsit. Todas estas noticias fueron á sorprender y conmovieron muy poco á Napoleón, triunfante en Ratisbona. Es verdad que casi no había contado con la asistencia de los rusos, y únicamente tenía empeño en probar á la Europa que estaban por él y no por los austriacos, lo cual no daba lugar á duda, supuesta la marcha de su ejército, por muy lenta que fuese. En cuanto al gran ducado de Varsovia sabía que en Viena haría y desharia de nuevo todos los estados creados por él, y que importaba poco permanecieran en pie ó viniesen á tierra durante su victoriosa marcha hácia aquella capital. Lo que le afectó algo fueron los sucesos italianos, porque dejaban al descubierto su flanco derecho, esponían sus estados de Italia á los males de la guerra, y perjudicaban á la novel reputación de su hijo adoptivo, á quien quería con ternura. Una circunstancia particular casi convirtió en enfado su pesar. Temiendo más á su padre adoptivo que á la opinión pública, el príncipe Eugenio, apenas se atrevió á darle cuenta de sus descalabros, y se limitó á escribirle: *¡Padre mio, necesito vuestra indulgencia, porque temeroso de que me reprendieseis si retrocedía, he aceptado la batalla y la he perdido!* Ni una esplicación siquiera seguía á estas cortas palabras para decir en qué estado se hallaban las

cosas, y este silencio duró algunos días, lo cual traía apurado á Napoleón por no saber qué pérdidas eran aquellas, qué progresos había hecho el enemigo en Italia, y qué peligros podían amenazarle por su flanco derecho durante su marcha sobre Viena. «Me alegro que esteis convencido, le contestó Napoleón en varias cartas; yo debía esperarlo al nombrar general á un jóven sin experiencia, mientras que no he querido que los príncipes de Baviera, Sajonia y Wurtemberg manden las tropas de su nación. Por lo que hace á vuestras pérdidas, os enviaré con que repararlas: respecto á las ventajas del enemigo, sabré neutralizarlas; pero sería preciso para ello estar instruido, y nada sé, viéndome obligado á buscar en los boletines estrangeros la verdad que debíais manifestarme. Estoy haciendo lo que nunca he hecho, y lo que debe repugnar extraordinariamente á un capitán que tenga juicio; marchó con las alas en el aire, sin saber lo que sucede en mis flancos. Afortunadamente lo puedo arrostrar todo, gracias á los golpes que he descargado; pero es cruel hallarse en semejante ignorancia.» Napoleón añadía estas magníficas palabras, que citamos testualmente, porque importan á la gloria del mas grande de sus lugartenientes, de Massena: «la guerra es un juego formal en que se compromete la reputación, las tropas y la patria. El hombre dotado de raciocinio debe conocerse y saber si ha nacido ó no para el oficio que emprende. Sé que haceis gala en Italia de despreciar á Massena (1); pero si lo hu-

(1) Estas palabras aluden á las hablillas en que se andaba á la sazón, una juventud, brillante, pero frívola,

quiera enviado allá no habría sucedido lo que lamentamos. Massena tiene talentos militares, ante los cuales debéis prosternaros todos vosotros, y si posee defectos es preciso olvidarlos; porque todos los hombres los tenemos. He cometido una falta en confiaros mi ejército de Italia; debí haberos enviado Massena, y daros el mando de la caballería bajo sus órdenes. Ahí tenéis el príncipe real de Baviera mandando una división á las ordenes del duque de Dantzig..... Creo que si urgen las circunstancias debéis escribir al rey de Nápoles para que vaya á ese ejército: entonces le entregais el mando, y os poneis bajo sus órdenes. Es una cosa muy sencilla que no tengais tanta esperiencia de la guerra como un hombre que la viene haciendo por espacio de diez y ocho años. (Burghausen, 30 de abril de 1803.)»

Conociendo harto bien Napoleon que todas las ilusiones de sus enemigos, todo su valor, vendrían á tierra al saberse los sucesos de Ratisbona, resolvió, avanzando vigorosamente, detener primero, y despues obligar á retrogradar las fuerzas que operaban por sus flancos ó su retaguardia. Entonces,

que habia acudido, restaurado el trono, á los campos de batalla y á las antecámaras de Napoleon, mostrándose tan valientes en aquellos como elegantes en estas, y que murmuraba con placer de los generales de la revolucion, particularmente de Massena. Este último reunia á mucho talento natural un carácter sencillo, pero rudo y poco comunicativo. La corte de Milan, compuesta de jóvenes, temiendo lo enviaran á mandar el ejército de Italia, se espresaba muy desfavorablemente con respecto á él, y lo mismo habia sucedido en Nápoles, donde no pudo permanecer.

como en 1805, el medio mas seguro de romper todas las coaliciones nacidas y por nacer, era caer sobre Viena.

Presentábase, no obstante, una de esas cuestiones graves de que depende la suerte de los imperios, y que solo se han hecho para los grandes hombres, formados en el molde de Anibal, César, Federico y Napoleon: ¿era preciso seguir impetuosamente la ancha via que conduce á Viena, esto es, la del Danubio, dejando á la izquierda en Bohemia al archiduque Carlos, persiguiendo por delante los restos del general Hiller y el príncipe Luis, trayendo, en fin, hácia la derecha al archiduque Juan que se hallaba detrás, con el impulso de una marcha victoriosa sobre la capital; ó bien seria preciso dejar que Bessieres arrollase con su caballería y la infantería de Molitor los restos del general Hiller y el archiduque Luis sobre el Inn, arrojándose Napoleon en Bohemia tras del príncipe Carlos, encarnizándose en perseguirle, y procurando herir en su persona, no en Viena, á la monarquía austriaca? (1) Napoleon pensó en ella (su correspondencia lo atestigua); pero si era propio de un gran capitán como él pesar todas las alternativas, tambien lo era no vacilar despues de haberlo reflexionado, y caminar al verdadero objeto: Viena. Efec-

(1) El general Grün, principal oficial de estado mayor del archiduque Carlos, y hombre de mucho talento, ha tratado varias veces esta tesis en cartas y escritos anónimos publicados en Alemania, pero siempre en provecho de su jefe, y con la intencion de hacer resaltar su conducta á costa de la de Napoleon. Nosotros creemos que sus razones son en extremo débiles, y están destruidas con las que presentamos en este relato.

tivamente, empenándose en perseguir sin tardanza á través de la Bohemia, al archiduque Carlos, tenia la probabilidad de aumentar la desorganizacion del principal ejército austriaco, acarrear mas pronto su disolucion, é impedir que, reconstituido mas tarde, fuese protegido por el Danubio, á disputarle el imperio de Austria en las sangrientas jornadas de Essling y Wagram. Esto es cierto, y los panegiristas del archiduque Carlos han deducido de aqui que todo lo sacrificó Napoleon á la vanidad de entrar en Viena; pero es un juicio falso formado sin tener en cuenta la realidad de las cosas. Es verdad que rechazado por Ratisbona hasta mas allá del Danubio el principal ejército austriaco, se bamboleaba y podia ser destruido con un nuevo golpe; pero el novel ejército de Napoleon, aunque esaltado con el triunfo, estaba agobiado de cansancio con los cinco dias de combate. Solo podia soportar aquella prolongacion de fatiga el cuerpo del mariscal Davout, y tambien estaba exhausto de fuerzas, habiendo como habia gravitado sobre él el peso de esas cinco jornadas. Era preciso, pues, con unos cincuenta mil hombres perseguir á los ochenta mil del archiduque Carlos, quien, hiciérase lo que se hiciera, tendria dos dias cuando menos de adelanto, hallaria algunos viveres en los caminos ya agotados de la Bohemia, mientras que los franceses no encontrarían ni una migaja de pan, indudablemente perderia en su precipitada retirada la gente cansada y los enfermos; pero sin dejar por eso de salvar las dos terceras partes de su tropa, y despues de haber arrastrado tras de sí á Napoleon, volveria infaliblemente por Lintz hácia el Danubio, pasaria otra vez este rio, reuniría á él los

cuarenta mil hombres del cuerpo de Hiller y el archiduque Luis, los diez ó doce mil de Casteler, y los cuarenta mil del archiduque Juan, y tendria de este modo en la verdadera linea de comunicaciones los ciento cuarenta mil hombres mejores del ejército austriaco: suposicion, que nada tiene de quimérica, puesto que mas tarde los archiduques, aunque separados por Napoleon que se habia quedado en el Danubio, no cesaron de pensar en su reunion, debiendo para ello venir el uno de la Bohemia por Lintz, y el otro de la Italia por Inspruck y Salzburgo. Es, pues, evidente, que si Napoleon hubiera querido perseguir al archiduque en Bohemia, habria dejado desocupado el camino del centro, es decir, el del Danubio, que entonces hubiese sido segura la reunion de los archiduques, y que de obrar estos principes con algun atrevimiento, hubieran podido volver sobre el Isar, y aun sobre el Alto Danubio y cortar á los franceses la retirada oponiendo ciento cuarenta mil hombres reunidos á Napoleon que no tenia ya ni con mucho este número de soldados despues de los cinco dias de combates que acababa de sostener. Costear las orillas del Danubio, seguir de esta suerte la linea mas corta para ir á Viena, porque los caminos de la Bohemia describen por Ratisbona, Pilsen, Budweis y Lintz un gran arco cuya cuerda es el Danubio; mantenerse en este camino que no solo era el mas corto, sino el mas central; guardar bien, por último, permaneciendo en el espresado camino, lo mas precioso para un general, á saber, su linea de comunicaciones, la en que tiene sus enfermos, sus municiones, sus viveres, sus reclutas, y la posibilidad de retirarse en caso de un descalabro, era,